



RECOGIDO EN "De esto y de aquello" tomo I

### LECTURAS ESPAÑOLAS

(PARA LA NACION)

SALAMANCA, marzo de 1912.

«Lecturas españolas». Así se titula el último libro que de «Azorín» se ha publicado, y en el que este prestigiosísimo escritor recoge varios ensayos dados a luz en publicaciones periódicas. Casi todos son breves, en exceso tal vez algunos. Contiene estudios sobre escritores castellanos—de lengua, se entiende, claro está—antiguos y modernos, Juan Luis Vives, Guevara, Saavedra Fajardo, Garcilaso y Góngora, Baltasar Gracián, Cadalso, Mor de Fuentes, Larra y Mesonero Romanos, Pi y Margall, Costa, Galdós, Baroja; contiene también un brevísimo estudio sobre la España de Gautier y otro sobre Dumas en España, y algunos otros trabajos. Todos, digo, muy concisos, pero substanciosos todos.

¿Quién de los que sigan algo atentos la producción literaria española contemporánea no se ha detenido una y muchas veces ante la obra de José Martínez Ruiz, más conocido por el sobrenombre de «Azorín», que ha llegado a hacer famoso en nuestra república de las letras? Todos los atentos a esa producción le conocemos, pero no todos, ni mucho menos, le han hecho justicia.

Martínez Ruiz empezó siendo un escritor de batalla—y de batalla política en gran parte—un crítico acerbo y duro. Y esto se paga. Créese desde muy pronto enemigos y créese algo mucho peor, muchísimo peor que los enemigos, y es que vieron en él un vengador de las que estimaban injusticias que se les hicieran, se creó jaleadores que buscaban les sacase del fuego las castañas. Porque hay siempre un número—mucho mayor por desgracia de lo que buenamente podemos suponer—de pobres hombres que se creen preteridos, oprimidos, desconocidos, incomprensidos, víctimas de la malicia ajena, y que esperan satisfaga sus odios cualquiera que entra en el coro de las letras pegando.

Martínez Ruiz se dio a conocer en la prensa radical y más como anarquista que como otra cosa. Y en el fondo sigue siéndolo, aunque muy de otro modo que los fabricantes y lanzadores de bombas o de frases explosivas. Sigue siendo, sí, anarquista, o si se quiere usar otra palabra que no lleve consigo las groseras asociaciones de ésta, un anómico o anomista, al modo que lo son muchos de nuestros clásicos místicos, al modo que lo fué aquel apóstol de las gentes, Pablo de Tarso, que opuso la gracia a la ley. Ese su íntimo anomismo, de tan castiza cepa española, es el que le lleva a dar al hombre, al hombre vivo, concreto e indefinible, primacía sobre la ley escrita y abstracta que cabe en definitiva. Lo cual no es en el fondo sino un pragmatismo como lo era el de Maquiavelo, el de nuestro Baltasar Gra-

clán, dos de los ingenios a quienes «Azorín» más admira y de quienes ha aprendido más.

El más romo de entendederas podrá haberlo previsto. Podrá haberle llevado a «Azorín» su anomismo y más que él aquella base de melancólico pesimismo que lo sustentaba, adonde le ha llevado, a parar en nuestro partido conservador, que es más que una doctrina, un par de hombres, pero no podrá haberle llevado al progresismo, a nuestro progresismo. El candoroso e ingenuo optimismo trascendente que sirve de cimiento al credo progresista, ese optimismo infantil que cree que el género humano se ha de contentar y debe contentarse con la felicidad terrena, eso no cabía en ingenio tan sutil y sobre todo en corazón tan hambriento de suprema y duradera idealidad como el de nuestro «Azorín». Porque este hombre encogido y silencioso, que apenas tiene más arma que la pluma, este puro escritor, sin nada de orador ni de hombre de esos que llaman de acción en ningún otro respecto, no es, ciertamente, un puro contemplativo; es más bien un voluntarista. Su novela «La Voluntad» la prueba. Sólo que le pasa acaso lo que a Nietzsche le pasaba, lo que nos pasa a muchos, y es que celebra y exalta aquello cuya falta más siente en sí. ¿Hay acaso quien con más apasionado fervor rece a Dios que aquel que siente la falta de Dios?

A Martínez Ruiz no se le ha hecho justicia, y lo que es peor, le han salido imitadores no ya de su espíritu—que es imitable—ni siquiera de su estilo, de la encarnadura de su expresión—tan inimitable como el espíritu—sino de su manera del vestido con que adorna esa encarnadura, de lo que suele tomarse por estilo sin serlo. Han imitado el artificio de su prosa y no su vida íntima, ciertos accidentes técnicos de su modo de componer, cierto modo de distribuir los períodos. Y otros le han puesto en caricatura, tarea fácil.

Aquellos sus enemigos de que dije y, sobre todo, aquellos que esperaban los vengase, no le perdonaron el que fuese derivando al pragmatismo anémico conservador, y cuando al fin se encasilló en el partido conservador liberal que acaudilla el Sr. Maura y salió diputado por él, asaltáronle con todo género de grotescas burlas y de fingidos desdenes. Hubo una temporada en que Azorín fué una de las cabezas de turco de casi todos los que se revolvían contra la política del Sr. Maura. Y se llegó entonces hasta querer desconocer el sobresaliente mérito del escritor perspicaz, penetrante y sencillo. Mas hoy parece que el entuerto se endereza y que la nueva generación, libre de las pasiones que envenenan el juicio de los compañeros y coetáneos, vuelve por la justicia respecto a nuestro escritor.

En restaurar el espíritu de nuestro pasado, pocos, si es que alguno, lo aventajan hoy. Pero ¿cómo? Oigámoslo a él mismo, cuando al comenzar aquella frase de «Cepa» y «any» de «corrijamos nuestras costumbres, volviendo a ser españoles de chapa y de calzas atacadas», dice: «No; lo pasado no se puede volver a vivir; la corriente del tiempo no puede ser remontada. Las cal-

15

16 m/

1/p-



zas atacadas, como los cachivaches de la caza, las diversiones, las costumbres, todo se modifica y cambia. Vivamos nuestro tiempo; pero si somos artistas, si sentimos algo ante el paisaje y en las viejas ciudades, tratemos de expresar en unas páginas de prosa o en unos versos—como hizo Gautier—la impresión que en nosotros produce esa llanura parda y solitaria de Castilla, esta callejuela con sus tiendecillas de abaceros y regatones, este viejo palacio con los cristales rotos y polvorientos, cerradas las ventanas, con su jardín de adelfas, rosales y cipreses, obstruidos los viales por los hierbajos, saturado el ambiente por denso olor de humedad, llenas de hojas las aguas inmóviles, negras, de una fuente». ¿No sentís un alma debajo de esta pura descripción, sin jaculatoria alguna?

Tiene Azorín el amor de las cosas viejas, viejas porque han vivido, el amor al recuerdo profuso de esperanzas siempre. El comienzo de su breve estudio—no más que cuatro páginas—sobre Larra y Mesonero, en que nos habla de la impresión que nos deja el volver a leer un libro que se leyó ya hace muchos años, de mozo, de niño tal vez, es un encanto. «Algo de esto me ha sucedido a mí—dice—al volver a pasar la vista por las páginas de los «Recuerdos de viajes» de Mesonero Romanos. Evocados por esta lectura han surgido desde el fondo de mi memoria cosas y personas que pasaron para no volver jamás. Y algo más que esto: he evocado un ambiente en el que yo viví siendo niño y—¡oh, extraña fascinación!—parece que ha vuelto a vivir también, durante estos momentos de la lectura, un tiempo... que jamás he vivido. Toda la época de 1830 a 1850 ha surgido ante los ojos de mi espíritu. Aquí están el «Semanao pintoresco», las poesías de Larrañaga, los frac azules con botones dorados, los pantalones con trabilla; aquí están el brasero con su camilla y las litografías de «Matilde o las Cruzadas», colgadas de las paredes, entre unos cuadros de cañamazo que representan un perrito de aguas; aquí están las melonas largas y sedosas de esos personajes que Esquivel ha retratado en su cuadro; aquí está Pastor Díaz gesticulando sibfínicamente, dando manotazos, ahuecando la voz—tal como nos lo ha descrito Valera; aquí está Zorrilla escribiendo con un nimbte en el desván de un cesterero, la poesía que había de leer en el entierro de Larra; aquí está el mismo Larra, atildado, elegante, desdenoso, ganando el sueldo enorme entonces de diez mil pesetas al año por escribir artículos; aquí está, en fin, por no hacer la relación interminable, nuestro don Ramón de Mesonero Romanos.»

El paisaje es evocador y exquisito; pero amenaza, en efecto, en degenerar en enumeración, en relación interminable. ¿No acaso el flaco de Azorín. Busca producir efecto en la agrupación del mayor número de detalles significativos, como Herodoto construía la historia épica, con anécdotas altamente significativas. De un libro del escritor aragonés D. José Mor de Fuentes, escritor de fines del siglo XVIII y principios del XIX, a quien en absoluto me ha dado a conocer Azorín, dice éste que «difícilmente habrá en nuestra literatura libro

que, siendo tan corto, tan sucinto, contenga tal cúmulo de pormenores e incidentes». Y éste para ser muchas veces el ideal para Azorín mismo; escribir ensayos breves, brevísimos, excesivamente breves, en que el efecto se consiga por la manera de agrupar los detalles seleccionados. Si bien es cierto que el procedimiento no sirve para una obra extensa, donde se hace preciso eso que se llama las grandes síntesis como las de los discursos que Tucídides pone en boca de sus personajes.

En la página siguiente a esa evocadora de la época de 1830 a 1850 que acabo de reproducir... Y la he reproducido en parte por una cierta complacencia personal, pues también yo siendo un chiquillo recorría en compañía de un primo mío y en su casa las páginas venerables del «Semanao pintoresco español», apacentándome de sus grabados y leyendo los artículos de costumbres de Mesonero y las tétricas composiciones de Pastor Díaz y de Romero Larrañaga, y también por allí había el perro de aguas en el cuadro de cañamazo. En la página siguiente a esa evocadora dice «Azorín» que «todo esto (el espíritu castellano), a pesar de su aparente superficial extranjerización, lo sintetiza y representa Mariano José de Larra».

No he sido nunca gran entusiasta de Larra, de «Figaro», a pesar de que entre los muchos que lo son se cuentan a los que tengo por hombres de mejor gusto y más fiera sensibilidad estética, más aún, no siendo nunca gran gustador de sus cosas, he creído también que lo de su extranjerización o digamos más bien afrancesamiento, fue siempre, como «Azorín» dice, muy superficial y aparente. Aprendió en Francia, en la literatura francesa, a ver, a observar, pero vió y observó con ojo español y en España; aprendió allá el oficio de minero del espíritu, pero minó en mina española. Y así pasa con muchos otros; así pasa con el mismo «Azorín». Porque también a éste se le ha podido imputar un cierto afrancesamiento de estilo, pero esto es más superficial y aparente que otra cosa. Es indudable que lo más de la técnica literaria del estilo lo ha aprendido «Azorín»,—que es, al fin y al cabo, un escritor profesional—en modelos franceses, empujando por ese Montaigne, tan español, a que tanto cita, pero el meollo de su estilo es profundamente español. Y español del siglo XVIII.

Más de una vez ha vuelto «Azorín» en defensa de nuestro siglo XVIII, sin duda no por todos lo debidamente apreciado. Pasa este siglo por un siglo de frialdad escéptica y de rigidez académica, y no se ve bien todo lo que de íntima y reconcentrada pasión se oculta bajo las casacas aquellas. Y «Azorín» mismo nos recuerda en no pocas cosas a aquellas escritoras de fines de nuestro siglo XVIII, a los enciclopedistas aquellos, afrancesados, cuya españolidad era, sin embargo, tan honda y sus almas mucho más tormentadas que a somera vista parecen.

Hay en este libro de «Azorín» dos breves artículos titulados «La España de Gautier» el uno y «Dumas en España» el otro, en que se hace justicia a esos dos célebres escritores franceses que supieron ver, digase lo que se quiera y aparte inevitables

*Autos*  
*Autos*

10 / e



3-105

in

errores, a España. Gautier ha sido acaso uno de los primeros, si no el primero, que supo descubrir la intensa hermosura de la llamada castellana, tan desconocida para los que sólo aprecian la grasa verdura. Y de Dumas apenas queda entre nosotros respecto a España, sino aquella frase de que el Africa empieza en los Pirineos, frase que no sé por qué ha de molestarnos a los españoles y que de seguro no la dijo en son de desdén aquel mulato Dumas, por cuyas venas corría sangre africana. «No; sepamos ver las cosas;—escribe atañederó a esto «Azorín»—leamos sin indignación el viaje de Dumas. Son páginas esas ligeras, frívolas, ingeniosas, algunas exactas; pero no hay en ellas ni el más leve rastro de dañina intención. Alejandro Dumas escribe como pudiera hacerlo un muchacho irreflexivo, vocador y atolondrado. Así pasó por España; él mismo se creía español en espíritu».

Gautier y Dumas vinieron a España en 1846, con motivo de las bodas reales. En aquel mismo año arribó a España Domingo Faustino Sarmiento, el relato de cuyo viaje es entre nosotros poco menos que desconocido con todo y ser tan interesante. Algunos pocos españoles que en América lo leyeron esparcieron la voz de que era un relato hostil a nuestra patria y no hay nada más lejos de la verdad. Sólo una susceptibilidad casi morbosa ha podido esparcir esa especie. Sarmiento vió a España con ojos más simpáticos aun que los de Gautier o Dumas y además pudo y supo aprovecharla mejor, porque Sarmiento no sólo entendía perfectamente a nuestros abuelos, pues hablaba la lengua misma de ellos, sino que era en espíritu español, profunda y netamente español, el más español acaso de todos los pensadores y escritores sudamericanos. Fué su españolidad—tengo que repetirlo—lo que le hizo ver en nosotros los defectos mismos que nos descubrimos y jamás le ocurrió echarnos en cara lo que quienes no penetran en nuestro espíritu nos achacan. Y creo que vale la pena que «Azorín» lea a Sarmiento, para que nos diga algo de él. Yo no sé si acaso no le atraerá el estilo bravío, indómito, a las veces en exceso prolijo, oratorio y aún declamatorio con frecuencia; de aquel hombre de primer impulso, porque es lo contrario del ideal del estilo azorinesco. Pero «Azorín» es hombre que sabe gustar de lo que menos se le parece.

Natural es, sin embargo, que vayan sus preferencias por lo que más a lo suyo se parezca. Así le ocurre con el estilo de Pi y Margall, uno de mis ídolos literarios hace cincuenta o treinta años y al que hoy apenas puedo leer. «Como estilista Pi y Margall es limpio, terso, preciso y conciso» escribe «Azorín», y yo añadiré: puede ser, pero pobre y monótono. Y no es que Pi y Margall, como catalán que era, no hubiese llegado nunca a pensar en castellano, ¡no! Acaba de morir el excelso poeta catalán Maragall, una de las más grandes glorias europeas, y deja en su obra un no chica caudal de prosa castellana y de una prosa jugosa, henchida, rica y variada. Es que Pi y Margall, preocupado con la claridad y precisión de la lengua, llegó a hacerse una manera, que no representaba tal vez lo más íntimo de su espíritu.

Pero de estas cuestiones de estilo y de manera y de la confusión entre expresividad y corrección, otra vez.

MIGUEL DE UNAMUNO.

Sarmiento

Autob.



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S